



Dios sigue haciendo milagros

El Señor a veces tiene maneras extraordinarias de solventar cada una de nuestras necesidades. Así como lo hizo en tiempos antiguos, él sigue haciendo milagros hoy de maneras que nosotros ni siquiera imaginamos. Y es que Dios siempre nos da más de lo que le pedimos.

Edna vive en Cancún, Quintana Roo. Ella, al igual que muchas personas que viven en las afueras de esa ciudad, tiene grandes necesidades, pero eso no le ha impedido ser una mujer alegre, cristiana y, sobre todo, una mujer de fe.

Edna vive en una casa humilde en la que se respira un gran optimismo y alegría por la vida, y siempre tiene una sonrisa en su rostro a pesar de la situación en la que se encuentre. Además, confía plenamente en la educación cristiana, aunque en su situación económica le resulta difícil que una de sus hijas asista al colegio de la iglesia en Cancún. La distancia entre su casa y la escuela es muy grande, por lo que su hija tiene que tomar todos los días dos autobuses que se tardan alrededor de hora y media para llevarla hasta el colegio. Esto representa, por supuesto, un gasto de transporte.

Llegó un momento en el que a Edna se le agotó el dinero. Su hija, viendo la difícil situación, propuso una solución:

-Mamá, creo que será mejor que abandone mis estudios por un tiempo.

-¡No hija! – contestó la mamá. Estoy segura de que el Señor proveerá los recursos que necesitamos.

Cuenta Edna que oró a Dios y se puso a pensar de qué manera podría conseguir algo de dinero. Recordó haber visto que algunas personas recogían botellas de plástico para vender, y notó que alrededor de su casa había algunos plásticos y botellas, así que comenzó a recogerlos y a colocarlos en una bolsa.

Mientras caminaba hacia el lugar donde iba a vender los plásticos, se encontró con un hombre que se dedicaba a ese negocio, así que aprovechó para preguntarle cuánto creía él que le darían por esa cantidad de botellas, y esta persona, viendo el pequeño bulto que llevaba, le comentó que alrededor de veinte o treinta pesos.

Edna comenzó a calcular mentalmente los pasajes y vio que esa cantidad era suficiente para un día y medio. No era mucho, pero al menos le permitiría a su hija ir un día más a la escuela.

Cuando llegó al lugar donde tenía que vender las botellas, Edna tuvo que esperar mientras atendían a los otros. Entonces llegó su turno. Cuando el encargado pesó la bolsa, no pudo ocultar su asombro. Así que volvió a pesarla una y otra vez. Después de haber pesado la bolsa varias veces, el encargado dijo que su peso era de diez kilos. Al escuchar esto, Edna también se sorprendió, ya que era fácil notar que no pesaba tanto. El encargado vació la bolsa y revisó botella por botella, pensando que podrían tener piedras o algún objeto pesado adentro, pero después de revisar cada una de ellas, se dio cuenta de que estaban vacías y que el peso que daba la báscula era correcto.

¡Edna no podía creer lo que sus ojos veían! Sobre todo, cuando al momento de recibir el dinero, no fueron veinte o treinta pesos, sino cien pesos que le alcanzarían para el transporte de toda la semana.

Sin lugar a dudas, la gracia de Dios es inmensa. No importa lo que tengas en tu mano, el Señor puede con ello obrar milagros, aunque se trate de botellas de plástico. Seamos agradecidos, incluso en medio de la adversidad, y Él hará milagros en nuestra vida, aunque nuestros recursos “no pesen tanto”. Es la gracia de Dios la que da el verdadero peso.

Edna Champala Pérez
Misión Quintana Roo
Unión Mexicana del Sureste